

sados, y apénas llega, su primer cuidado es informarse del estado de Wassenaer, prodigándole todos los auxilios que puede ofrecerle. Noticioso de que dicho jefe no habia sido tratado con la consideracion debida por la gente encargada de dirigir su buque, manifiesta viva indignacion contra el oficial que la mandaba, y aunque era cercano pariente suyo, no pudo ménos de demostrar desde entónces la mayor aversion y desprecio cuantas veces le veia. Restablecido Wassenaer de sus heridas, le presentó Duguay-Trouin por sí mismo á Luis XIV y consiguió su libertad. Mas honra semejante comportamiento que diez victorias.

Duguay-Trouin contaba entónces veinte y tres años de edad, y en toda esta época pasó este intrépido oficial de la marina mercante á la militar con el grado de capitán de navío, desde el que fué ascendiendo á los de jefe de escuadra ó contra-almirante, y por fin á vice-almirante con el título de teniente general de la Armada.

En nada alteraron los honores su sencillez y franco carácter; era bondadoso, humano, caritativo, y poseia todas las cualidades del marino y del hombre de bien.

Consideraba la disciplina como el elemento principal en la guerra y el medio mas seguro de alcanzar la victoria. Si jamas dejó pasar una buena accion sin recompensa, tampoco una falta sin castigo. Así, pues, mantenía la disciplina con severidad hasta rayar en dureza; sin embargo, el exceso en la disciplina tiene excusa y aún puede ser útil.

Su desinterés corria parejas con su valor; la gloria era su ídolo, por lo tanto miraba el dinero con indiferencia.

Después de un combate glorioso y atrevido, le recompensó Luis XIV espontáneamente y como una prueba de su satisfaccion con una pension de 2,000 francos sobre el Tesoro; Duguay-Trouin escribió en seguida al ministro para suplicarle diera aquella pension á Saint-Auban, teniente suyo, que habia perdido una pierna en el abordaje de un navío inglés, y que necesitaba mas que él dicha pension. «Será completa mi recompensa, añadia, si obtengo ascensos para mis oficiales »

Miéntas duró la guerra fué temido de los ingleses. No bastaria un volúmen para relatar sus hazañas.

Juan Bart ¹.

[1702.]

Vamos á referir una de las acciones heróicas que tanta celebridad dieron al nombre de Juan Bart, en la que se manifiestan una energía é intrepidez inauditas.

Hallábanse reunidos en un puerto de Alemania un centenar de buques mercantes con cargamento de trigo con destino á Francia, cuya llegada se esperaba impacientemente con motivo de la carestía que reinaba á la sazón en dicho reino. Inglaterra y Holanda estaban en guerra en aquella época con Francia. Dióse órden á Juan Bart para que fuese á buscar los buques mercantes, y que los escoltara hasta llegar á Francia. Sale de Dunkerque con una escuadra de seis velas, mas los buques mercantes no le habian esperado; impacientes sus capitanes, se habian puesto en marcha escoltados por tres navíos dinamarqueses, pero pagaron cara su imprudencia, pues fueron capturados por una fuerte escuadra holandesa, compuesta de ocho navíos de línea, mandada por un contra-almirante.

Encuentra Juan Bart la flota mercante en alta mar y la ve en poder del enemigo, y en el acto se resuelve á atacar á los holandeses, aunque superiores en número. Con la rapidez del rayo embiste contra el navío almirante, armado con cincuenta cañones, y á pesar del terrible fuego de sus baterías, llega á él, hace una descarga de artillería y fusilería, y grita con poderosa voz: « ¡Compañeros, no mas cañones... sable en mano y á ellos! » Salta al abordaje, y seguido de sus valientes, descarga tan terribles golpes sobre el enemigo, que se ve el contra-almirante obligado á rendirse. Otros dos navíos holandeses, uno de cincuenta cañones y el otro de treinta y seis, caen igualmente en sus

1. Valeroso marino nació en Dunkerque, en 1651; murió en 1702.

manos; los restantes buscaron su salvacion en la fuga. Dueño Juan Bart, por consiguiente, de la flota mercante, volvió á Francia con ella cuatro dias despues de su salida de Dunkerque, trayendo consigo los tres navíos enemigos.

Pleville¹.

El denodado y generoso Pleville puede servir de modelo á la gente de mar; este marino, que comenzó su carrera desde grumete, llegó á las mas altas dignidades y sirvió á su país por espacio de sesenta años. Su humanidad y su intrepidez eran proverbiales.

A fines de 1770 fué arrojada por una tormenta la fragata inglesa *Alarma* á la bahía de Marsella². El tiempo era espantoso, la noche profundamente oscura, y el navío corria peligro de estrellarse contra las rocas. Pleville, teniente del puerto en aquella ocasion, reúne á todos los marineros que halla al paso y les anima á que salgan en auxilio de la fragata extranjera. Los marineros titubean, Pleville se rodea el cuerpo con una cuerda y se desliza al mar por entre las rocas, azotadas por las furiosas olas; lucha con éstas que le rechazan, sube por las rocas, cuyas asperidades desgarran sus carnes, y llega al fin á la fragata. Entónces olvida todos los riesgos que ha corrido, y no piensa sino en los de la tripulacion inglesa. Manda la maniobra, dirige la fragata por entre los escollos, y consigue conducirla al puerto.

Es mas digno de atencion este acto de arrojo, cuanto que Pleville tenia una pierna de ménos; una bala de cañon se habia llevado su pierna derecha. Algun tiempo despues, siendo alférez de navío, perdió en un combate su pierna de palo. Al verle caer, le preguntó su capitan si estaba herido:

«No, contestó sonriendo, la bala solo ha dado que hacer al carpintero.

1. Nació en 1726, y murió en 1805.

2. Entre la alta mar y el puerto.

Otra bala de cañon se llevó de nuevo en 1759 su pierna de palo cuando mandaba el navío la *Hirondelle*, con el que atacó y apresó tres buques ingleses armados en guerra.

Los detalles precedentes bastan para juzgar su valor; con lo que vamos á referir se podrá juzgar su desinterés.

Durante la guerra de América, en 1778, fué nombrado Pleville para efectuar la venta de los buques tomados á los ingleses, lo que produjo la suma de dos millones de francos. Satisfecho el almirante del resultado, invitó al gobierno para que concediera el dos por ciento á Pleville, quien rehusó aceptarlo, diciendo que su sueldo bastaba á cubrir sus necesidades.

Nombrado ministro de Marina, en 1798, recibió el encargo de visitar las costas del Oeste, entregándosele la cantidad de 40,000 francos para los gastos de aquella mision; Pleville no gastó mas que 8,000 y envió el resto al Tesoro. La suma total habia sido inscrita en el registro de los gastos, y por lo tanto, no fué aceptada dicha cantidad. Pleville insiste, y como recibiera igual respuesta, manifiesta entónces su deseo de destinar aquellos 32,000 francos á la ereccion de algun monumento útil. Al fin se emplearon en la construccion de un telégrafo que funcionó largo tiempo en el tejado del palacio del ministerio de Marina en el costado de la plaza de la Concordia.

Un marino de trece años.

El hijo del contra-almirante Casabianca, de edad de trece años, se embarcó con su padre en el navío el *Orient*, en el que servia en calidad de aspirante; en la desgraciada jornada de Abukir se condujo con valor y serenidad, lo que le valió la admiracion de los mas viejos marineros.

Declárase de repente el fuego á bordo del *Orient*, y era imposible extinguirle; en un instante son abandonadas las baterías; el niño se queda solo en el puente exclamando: «¡Padre mio! ¡Puedo abandonar mi puesto sin deshonor?» Creia que su padre le oía, y esperaba la respuesta,

pero su padre, herido mortalmente, no podía oír su voz. Un marinero viejo corre hácia él y le dice: « Vuestro padre está moribundo, y os ordena rendiros y salvar vuestra vida, como á mí tambien. » El niño, fuera de sí, corre al camarote donde estaba espirando el contra-almirante, le abraza estrechamente y jura no abandonarle. En vano su padre emplea los ruegos y el poder de su autoridad; en



Incendio del Oriente.

vano igualmente el viejo marinero trata de salvarle: « ¡ Moriré, sí.... moriré con mi padre! contesta el noble niño. — No me queda mas que un instante, dijo el marinero, y á duras penas podré salvarme: ¡ adios! » Las llamas llegan á la Santa Bárbara y salta la embarcacion con el jóven héroe, que trataba de cubrir con su cuerpo los mutilados restos de su padre. Tal es el relato que hizo el viejo marinero á su llegada de Alejandría.

Descubrimiento de la América.

El viérnes 3 de agosto 1492, por la mañana, Colon se hizo á la vela un poco ántes de amanecer en presencia de una apiñada multitud de espectadores que elevaban al cielo sus ruegos por el próspero acabamiento del viaje, que mas que aguardar lo deseaban. Tiró Colon en derechura hácia las islas Canarias adonde llegó sin accidente que hubiese merecido mencionarse en otra ocasion cualquiera, pero en un viaje tan largo é importante la menor circunstancia era atendible.

Para el primero de octubre se hallaban, segun el cálculo del almirante, á setecientas setenta leguas al oeste de las Canarias, aunque para que su gente no se intimidase con la prodigiosa extension del viaje dijo que solo habian andado quinientas ochenta y cuatro leguas, y por dicha de Colon ni su propio piloto ni el de los demas barcos eran bastante expertos para notar su error y descubrir el engaño. Llevaban ya cosa de tres semanas en la mar; habian llegado mas allá de donde otros navegantes se aventuráran ni aún lo creyeran posible; todos los pronósticos del descubrimiento, fundados en el vuelo de las aves y otras circunstancias, habian resultado fallidos; las apariencias de tierra con que los habia halagado y distraído de tiempo en tiempo su misma credulidad ó la estucia de su jefe, habian parado en ilusiones y sus esperanzas de buen éxito parecian mas distantes que nunca. Tales reflexiones ocurrían de continuo á hombres que no tenían mas ocupacion ni objeto que raciocinar y discurrir acerca de los fines y circunstancias de su viaje. Impresionaron primero á los ignorantes y tímidos y extendiéndose por grados á los mas instruidos y resueltos, al fin prendió el contagio del uno al otro buque. De chichisveos y murmullos pasaron á tramas descubiertas y quejas públicas. Acusaban á su soberano de incon siderado y crédito por haber estimado en tanto las vanas promesas y conjeturas vagas de un extranjero indigente como para poner en riesgo la vida de muchos súbditos suyos en un in-

tento quimérico. Dijeron que bien habian cumplido su deber engolfándose tan léjos en una senda desconocida y sin esperanza, por lo cual no serian censurables si rehusaban seguir á un aventurero desatentado en su ruina inevitable. Pretendiendo que era de necesidad pensar volver á España, miéntras sus naos trabajadas se hallaban todavía en estado de navegar; pero manifestaron temores de que seria inútil empeño por cuanto el viento que tan propicio les habia sido en su viaje haria imposible el navegar en direccion contraria. Todos convinieron en obligar por la fuerza á Colon á que tomase una medida de la cual pendia la salvacion comun. Algunos de los mas osados propusieron como medio mas seguro y espedito para salir del paso, arrojarlo á la mar, persuadidos de que á su vuelta á España, la muerte de un empresario chasqueado llamaria bien poca la atención y no se averiguaria con grave empeño.

Bien apercebido se hallaba Colon de su situacion peligrosa. Con sumo desagrado veia los fatales efectos de la ignorancia y el miedo que inspiraban el descontento entre sus tripulantes á punto de estar para estallar en un motin. Pero conservó sin embargo completa presencia de ánimo é hizo cual si ignorase sus maquinaciones. A despecho de la agitacion y recelo de su espíritu mostróse con semblante risueño, como si estuviera satisfecho de los progresos que hacia confiado en el buen resultado. A veces empleaba todas las artes de la insinuacion para calmar á su gente, á veces excitaba su ambicion y codicia haciéndoles magníficas descripciones de la fama y riqueza que estaban á punto de alcanzar. En otras ocasiones asumia el tono de autoridad y les amenazaba con la venganza de su soberano si con bastardo proceder destruian los nobles esfuerzos para promover la gloria de Dios y enaltecer el nombre español sobre todas las demas naciones. Aún para marineros amotinados, las palabras de un hombre á quien estaban acostumbrados á respetar, eran de peso y convincentes; así que, no solo les apartaron de cuantos excesos de violencia fraguaban, sino que les indujeron á acompañar á su almirante por mucho mas tiempo.

Conforme iban avanzando las señales de la proximidad de la tierra iban siendo mas seguras y mas reanimaban la esperanza. A bandadas empezaban á verse los pájaros que volaban hácia el sudoeste. Colon, imitando á los navegantes portugueses que en muchos de sus descubrimiento se guiaron por el vuelo de las aves, torció su rumbo de Oeste tirando hácia el punto de donde venian volando. Poco despues de haber seguido esta direccion por muchos dias sin mejor éxito que al principio y sin haber visto en treinta sino mar y cielo, decayeron las esperanzas de sus compañeros mucho mas pronto de lo que se habian formado; revivieron los temores con vigor nuevo y en todos los rostros asomaron la impaciencia, la rabia y la desesperacion. Todo sentimiento de subordinacion desapareció. Los oficiales, que hasta allí habian sido del dictámen de Colon y sostenido su autoridad, tomaron parte por los marineros y soldados; reuniéronse en tumulto sobre cubierta, rogaron á su comandante, mezclando las amenazas á sus ruegos, y le exigieron que en el acto virase por redondo dando la vuelta á Europa. Conoció Colon que no le valdria echar mano de ninguna de sus artes anteriores, las cuales por manoseadas no producirian efecto, siendo imposible reanimar el celo por el éxito de una empresa en corazones en que el temor habia estinguído todo sentimiento generoso. Ni ménos infructuoso habria sido emplear medidas severas para aplacar un motin tan general como violento. Todo bien considerado era preciso dar suelta á pasiones que ya no podia dominar, y abrir paso á un torrente demasiado impetuoso para ser contenido. Prometiό, pues, solemnemente á los suyos que accederia á sus deseos con tal de que le acompañasen y obedeciesen por tres dias mas y si en este plazo no descubrian tierra abandonaria la empresa y tomaria la vuelta de España.

Por mas enfurecidos é impacientes que estuviesen los marineros de volver á su tierra natal, no les pareció irracional esta propuesta, ni arriesgaba mucho Colon al reducirse á tan corto plazo. Tan numerosos y halagüenos eran ya los presagios de descubrir tierra que le parecieron infa-

libles. Durante algunos dias la sonda habia encontrado fondo y la arena que habia sacado indicaba que la tierra no podia quedar á gran distancia. Las bandadas de pájaros iban en aumento y se componian no solo de aves marítimas, sino tambien de tierra, que no era de suponer volasen muy léjos de las playas. La tripulacion de la *Pinta* observó un junco flotante que parecia recién cortado y un pedazo de madera labrada artificialmente. Los marineros de la *Niña* cogieron una rama de escaramujo con frutas verdes perfectamente frescas. Las nubes del ocaso tomaban un nuevo aspecto, el aire era mas suave y templado y por la noche soplabá el viento desigual y variable. Por todos estos síntomas confiaba tanto Colon en la proximidad de la tierra, que en la tarde del 11 de octubre despues de una oracion pública por el buen éxito, mandó acortar velas y que los barcos estuviesen con cuidado para no encallar por la noche. Durante este intervalo de expectativa y ansiedad, ni un solo hombre cerró los ojos, permaneciendo todos sobre cubierta observando el punto por donde esperaban descubrir la tierra, objeto por tanto tiempo de sus deseos.

Como dos horas ántes de la media noche, Colon, que estaba en el castillo de proa, observó una luz en lontananza y en secreto se la mostró á Pedro Gutierrez, paje del guardaropa de la reina. Vióla Gutierrez y llamó la atencion á Salcedo, proveedor de la escuadra, y todos tres vieron que se movía como si fuese llevada de un lugar á otro. Un poco despues de media noche el grito alegre de *¡Tierra!* *¡Tierra!* se oyó en la *Pinta* que iba siempre delante de las demas naves. Pero como se habian engañado tantas veces con apariencias falaces, todos se mostraron remisos en dar fé y aguardaron con toda la angustia de la incertidumbre y la impaciencia á que despuntase el dia. Tan luego como amaneció desaparecieron todas las dudas y temores. Desde todos los buques se vió como dos leguas al Norte una isla cuyas márgenes verdes y risueñas estaban cubiertas de bosque y bañadas por muchos arroyos que le daban el aspecto de ser un lugar deleitoso. La tripulacion de la *Pinta*

entonó al mismo instante un *Te-Deum*, himno de gracias al Señor, que entonaron tambien en las demas naves con lágrimas de alegría y transportes de regocijo. A este acto de gratitud hácia el cielo siguió otro de justicia hácia el comandante. Echáronse á los piés de Colon con sentimiento de admiracion y respeto. Pidiéronle perdon por su ignorancia, incredulidad y rebeldía que le habian causado tan inútil desasosiego y por tantas veces entorpecido la ejecucion de su bien concertado plan, y pasando en el entusiasmo de su admiracion, del uno al otro extremo, proclamaron que el hombre á quien tanto habian vilipendiado y amenazado era un inspirado del cielo, de sagacidad y fortaleza sobrehumanas para llevar á cabo un designio tan superior á todas las ideas y concepciones de todos los siglos anteriores.

En cuanto salió el sol se echaron al agua y armaron todos los botes. Dirijiéronse á la isla con banderas desplegadas, música militar y toda la pompa marcial. Conforme se acercaban á la costa la veian cubierta de una multitud de gente que atraia la novedad del espectáculo y en cuya actitud y ademanes se dejaban ver la admiracion y asombro que le causaban los extraños objetos que tenian delante. Colon fué el primer europeo que puso el pié en el Nuevo Mundo, que él habia descubierto. Desembarcó ricamente vestido y con la espada desnuda en la mano. Su gente le siguió y arrojándose besaron la tierra que por tanto tiempo habian deseado ver. Luego erijieron una cruz y postrándose ante ella dieron gracias á Dios por haber guiado su viaje á tan dichoso término. Despues tomaron solemnemente posesion del país en nombre de la Corona de Castilla y de Leon con todas las formalidades que acostumbraban los portugueses observar en sus nuevos descubrimientos.

En cuanto salió hacia los españoles, rodéanlos los naturales que admiraban en silencio acciones que no acertaban á comprender y cuyas consecuencias no preveian. El traje de los españoles, la blancura de su piel, sus barbas y sus armas les parecian extrañas y sorprendentes. Las gran-

des máquinas en que habian atravesado el Océano, que parecian moverse sobre las aguas por medio de alas y producian estrépito espantoso, semejante al trueno, acompañado de luz y humo, llenaron su espíritu de tal pavor que empezaron á respetar á sus nuevos huéspedes como á seres de un órden superior y dedujeron que eran hijos del sol, que habian bajado del cielo para visitar la tierra.

No ménos admirados estaban los europeos con la escena que tenian á la vista. Todas las yerbas, arbustos y árboles eran diversos de los que florecian en Europa. El suelo parecia muy fecundo, pero muy pocas muestras daba de cultivo. El clima, aunque para los españoles algo cálido, era en extremo delicioso. Los habitantes aparecian en la sencilla inocencia de la naturaleza enteramente desnudos. Sus cabellos negros, largos y lisos les flotaban sobre las espaldas ó se enlazaban en trenzas sobre la cabeza. No tenian barbas ni vello en todo su cuerpo. Tenian el color cobrizo, las facciones raras, mas bien que desagradables, y el porte reposado y tímido. Aunque no altos eran fornidos y ágiles. Llevaban la cara y muchas partes del cuerpo pintadas de colores subidos. Primero se mostraron esquivos y medrosos, pero luego se familiarizaron con los españoles y locos de alegría les aceptaron cascabeles, cuentas de vidrio y otras baratijas, dándoles en cambio las provisiones que tenían ó hilo de algodón, únicos menesteres que poseyesen de alguna estima. Por la tarde Colon volvió á su nave, acompañado por muchos de los isleños en sus botes, que llamaban canoas, hechos toscamente del tronco de un solo árbol, que manejaban con destreza sorprendente. Así pues, en la primera entrevista de los habitantes del viejo y del nuevo mundo, todo pasó amistosamente y á satisfaccion de unos y otros. Los primeros, ilustrados y ambiciosos, formaron desde luego grande idea de las ventajas que podrian sacar de las regiones que empezaban á ver. Los últimos, sencillos y sin discernimiento, no preveian las calamidades y desolacion que aguardaban á su pais!

Entrada triunfal de Colon en Barcelona.

Gran sensacion produjo en la córte la carta de Colon á los monarcas españoles anunciando su descubrimiento. El acontecimiento que comunicaba se consideró el mas extraordinario de su próspero reinado, y como tan de cerca sucedió á la conquista de Granada, túvose como una prueba manifiesta del favor divino por aquel triunfo conseguido en bien de la causa de la fé. Los soberanos mismos se quedaron por algun tiempo atónitos y arrobados con esta repentina y fácil adquisicion de un nuevo imperio, en límite indefinido y al parecer inmensamente rico; y su primera idea fué asegurarlo contra toda cuestion de competencia. A poco de su llegada á Sevilla recibió Colon una carta de ellos manifestando su gran regocijo y rogándole que inmediatamente se presentase en la córte para concertar los planes de una segunda expedicion en mayor escala. Considerando que se adelantaba el verano, estacion favorable para el viaje, deseaban que en Sevilla ú otra parte hiciera arreglos que apresurasen la expedicion y que les informase á la vuelta del correo lo que por su parte deberian ellos hacer. Dirijásele esta carta con el título de *Don Cristóbal Colon, nuestro Almirante del Mar Océano y Virey y Gobernador de las islas descubiertas en las Indias*, y al mismo tiempo se le prometian mayores recompensas. No perdió tiempo Colon en cumplir las órdenes de sus soberanos. Envió una lista de los barcos, hombres y municiones que se necesitaban, y despues de tomar en Sevilla las medidas que las circunstancias permitian, salió de viaje para Barcelona, llevando consigo los seis indios y los diversos productos y curiosidades que trajo del Nuevo Mundo.

La fama de su descubrimiento habia resonado en toda la nacion, y como atravesaba en el tránsito varias de las mas bellas y populosas provincias de la España, su viaje parecia la marcha de un soberano. Por donde quiera que pasaba, del país circunvecino salian todos los habitantes que inun-

daban el camino y los pueblos. Las calles, balcones y ventanas en las grandes ciudades estaban llenos de espectadores ansiosos que hacian resonar los aires con sus aclamaciones. Su marcha era sin cesar interrumpida por la multitud que se apiñaba para verle y á los indios que eran contemplados con tanta admiracion como si fueran habitantes de otro planeta. Imposible era satisfacer la ardiente curiosidad con que lo asaltaban á él y á su séquito haciéndole á cada paso innumerables preguntas; como de costumbre la voz popular habia exajerado la verdad y llenado la tierra recien descubierta de todo género de maravillas.

A mediados de abril llegó Colon á Barcelona donde se habian hecho todos los preparativos para su recibimiento solemne y magnífico. Un tiempo hermoso y sereno en aquella agradable estacion y en un clima tan privilegiado contribuyeron al esplendor de aquella memorable ceremonia. Al llegar al sitio encontró á muchos de los cortesanos mas jóvenes y de los hidalgos de mas valor que unidos con el pueblo se habian adelantado para recibirle y darle la bienvenida. Su entrada en aquella noble ciudad se ha comparado á los recibimientos triunfales que los romanos acostumbraban decretar á los emperadores. Rompian la marcha los indios pintados á usanza salvaje y adornados con plumas tropicales y prendas de oro; seguian despues diversas clases de loros vivos y animales empajados, de especies desconocidas, y plantas raras á las que se atribuian cualidades preciosas. Habíase tenido particular cuidado en mostrar una brillante coleccion de coronas, brazaletes y adornos, de los indios, todos de oro, que pudiesen dar una idea de la riqueza de las regiones nuevamente descubiertas. En seguida iba Colon á caballo, rodeado de una brillante division de caballería española. Por las calles casi no se podia transitar á causa de la innumerable multitud; las ventanas y balcones estaban coronados de bellezas, y los mismos techos llenos de espectadores. Parecia que el público no se saciaba de ver aquellos trofeos de un mundo desconocido ni al hombre notable por quien habia sido

descubierto. Hubo cierta sublimidad en aquel suceso mezclado al regocijo público. Considerábasele como una grande y señalada dispensacion de la Providencia en recompensa de la piedad de los monarcas, y el justo y venerable aspecto del descubridor, tan distantes de la juventud y entusiasmo que siempre se suponen en una empresa árdua, parecian armonizar con la grandeza y dignidad de su obra.

Para recibirle con la debida pompa y majestad, los soberanos mandaron poner su trono en público, bajo un rico séslio de brocado de oro en un espacioso y espléndido salon. Allí esperaron su llegada el rey y la reina, sentados en estrado con el príncipe Juan y rodeados de los dignatarios de su córte y la nobleza principal de Castilla, Valencia, Cataluña y Aragon, impacientes todos de ver al hombre que á la nacion habia hecho tan incalculable beneficio. Al fin entró Colon en la sala rodeado por una multitud brillante de caballeros, entre los cuales, dice Las Casas, sobresalia por su estatura alta é imponente que al aspecto venerable de sus caballos blancos le dada la apariencia augusta de un senador romano. Una sonrisa modesta animaba sus facciones, indicio de que gozaba el brillo y la gloria de que estaba rodeado. Y á la verdad que nada podia ser mas profundamente conmovedor para un alma inflamada por la noble ambicion y la conciencia de haber llevado á cabo grandes cosas, que aquellos testimonios de admiracion y gratitud de un pueblo ó mas bien de un mundo. Al acercarse Colon los soberanos se pusieron de pié cual si á persona del mas elevado rango recibieran. Doblando la rodilla pidióles la mano á besar, pero hubo de parte de Sus Majestades algua indecision en consentir aquel acto de vasallaje. Levantándole del modo mas gracioso, le mandaron sentar en su presencia, honor bien raro en tan altiva quanto valerosa córte.

Por súplica de Sus Majestades hizo entónces Colon la historia de los acontecimientos principales de su viaje y una descripcion de las islas que habia descubierto. Enseñó las muestras que habia traído de aves y animales descono-